

(Matth., xxvi.) Los hombres, en fin, aún sus discípulos y sus apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, sólo tuvieron una fe razonadora, que rechazaba la autoridad de todo testimonio; una fe muy próxima á la incredulidad; y por esta causa el Salvador, despues de resucitado, los reprendió con severidad: *Exprovavit incredulitatem eorum, quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.* (Marc., xvi.) Pero las mujeres del Evangelio creyeron de un modo muy diferente. Muchas veces no necesitaban más que ver ú oír una sola vez al Señor para reconocerle por el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo. Una palabra, una mirada del Señor bastaba para revelarse en su corazón, para atraerlas á sí, para obligarlas á seguirle por todas partes, con sus mismos hijos, sin tomar alimento ni reposar por espacio de muchos días. (Marc., viii.) Las mujeres del Evangelio no se avergonzaron jamas de ser tenidas públicamente por siervas fieles y discípulas afectuosas del Señor, y en el tiempo de la Pasión fueron ellas las únicas que le siguieron, llorando, al Calvario, asistieron á su muerte, y se mostraron fuertes para participar de sus penas y de sus oprobios (1).

Esto consiste en que se conoce mejor y más fácilmente á Dios con el corazón que con el entendimiento, se le conoce mejor amándole que discutiendo acerca de Él; y que cuando se cree amándole, y se le ama creyendo, todo se hace fácil, y se cree el hombre feliz en poder darle todo, aún la misma vida, para confesar á Jesucristo. De este modo creyeron *las mujeres del Evangelio* la palabra divina y amaron la Persona adorable del Salvador del mundo.

Toda su historia se puede compendiar en estas dos palabras: *devocion y fe*; devocion por la que asistieron con sus bienes, cuidaron y sirvieron al Salvador; fe, por la que, confesándole públicamente, confundieron á sus enemigos y multiplicaron el número de sus discípulos y de sus adoradores.

No nos cansaremos de repetirlo: los hechos del Evangelio, lo mismo que los hechos del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que son históricamente verdaderos, son también misteriosamente proféticos. Así como la vida de los patriarcas fué la historia anticipada de la vida de Jesucristo, de la misma manera la vida de Je-

(1) Véase, en las homilias sobre las mujeres del Evangelio, la homilia ix, § 2.

sucristo fué la historia anticipada de la vida de su Iglesia. Luego así como Jesucristo, al revelar al mundo, como Hijo de Dios, los más grandes misterios y las leyes más santas y más perfectas, anunció desde entónces que su Iglesia, como institucion divina y como depositaria de la verdad y de la gracia de Dios, conservaria y propagaria en el mundo la fe en sus misterios y la obediencia á sus leyes, de la misma manera Jesucristo, al dejarse alimentar por las mujeres como Hombre, y al servirse de ellas para hacerse confesar y adorar de los hombres, anunció también desde entónces que la Iglesia, como institucion humana, compuesta de hombres, sería alimentada y servida por las mujeres; anunció desde entónces que las mujeres del Evangelio, por lo que hicieron en favor de Jesucristo, serian el modelo y la figura de lo que las mujeres verdaderamente cristianas habian de ser respecto á la Iglesia; es decir, los ministros, los auxiliares de los ministros de la Iglesia, de los apóstoles y de los predicadores de la Iglesia; ayudándoles con su fe y con su devocion en la grande obra de la dispensacion de los misterios de Dios, de la conservacion y de la propagacion de la Iglesia.

Esto fué lo que sucedió en efecto, y lo que sucederá siempre. De modo que toda la historia de la mujer de la Iglesia, lo mismo que la historia de la mujer del Evangelio, se resume también en estas dos palabras: *devocion y fe*. Una rápida ojeada que vamos á echar sobre la historia de la Iglesia bastará para probar la verdad de esta observacion, tan gloriosa para la mujer cristiana como para el Cristianismo, que la anima y la inspira.

§ II.— Los apóstoles ayudados por las mujeres á fundar la Iglesia.— Testimonio de San Pablo en favor de este hecho.— La resurreccion de Tabita por San Pedro.— Grandes bienes hechos por esta mujer á la Iglesia de Joppe.— San Pedro acogido por las mujeres en Roma, y asistido por ellas en su apostolado.— Santa Pudenciana y Santa Práxedes dándole sus casas para hacer en ellas la primera iglesia de Roma.— Su misma mujer animándole para sufrir el martirio.— Otras mujeres que ayudaron á los apóstoles.

San Pablo dice: «No debemos mirar tan sólo lo que nos es permitido, sino lo que es conveniente para la salvacion de los demas. Yo podria hacer que se me diesen ciertas cosas necesarias á la vida, y que se me sirviese como corresponde. Yo podria tener conmigo

una de nuestras hermanas, como hacen los demas apóstoles y los parientes del Señor, y aún el mismo Pedro, porque yo soy libre, yo soy tambien apóstol, yo he visto á Jesucristo Nuestro Señor; y no se dirá que Bernabé y yo somos los únicos que no tenemos ese poder. Pero no he querido usar de esta libertad por temor de que el Evangelio no fuese para algunos motivo de escándalo, si pareciese que buscábamos alguna recompensa temporal» (1). Es evidente, por este pasaje de San Pablo, como observa Fleury (lib. 1, 46), que, lo mismo que Magdalena y las otras Marias habian hecho con el Señor, ciertas piadosas y santas mujeres seguian á los apóstoles por todas partes para cuidarles, servirles y darles á conocer, para defenderles y hacerles respetar; y que participando así de los trabajos y de los peligros de su apostolado, facilitando los medios para él, participaron tambien del mérito y de la gloria de sus triunfos; y que, desde el principio de la Iglesia, la mujer católica tuvo mucha parte en la propagacion del Evangelio y en la fundacion de la misma Iglesia.

Apénas se habia predicado el Evangelio en la Palestina por San Pedro, cuando las mujeres comenzaron á hacerse notables por la práctica de la perfeccion cristiana, y en particular por el espíritu de afecto y de caridad para con los nuevos hijos de la Iglesia, sus hermanos en la fe. Los *Hechos de los Apóstoles* nos hablan de una mujer, discipula de ellos, de la ciudad de Joppe, llamada Tabita ó Dorcas, y nos dicen que era una mujer llena del mérito de las buenas obras y de las limosnas que hacia (2): éste es el elogio más completo que se puede hacer de una mujer cristiana. Es necesario decir que su piedad, su celo y el cuidado afectuoso que tenia de todos los fieles pobres, y especialmente de las viudas, eran muy grandes y extraordinarios, supuesto que la Iglesia naciente de Joppe la

(1) «Omnia mihi licent, sed non omnia expediunt. Numquid non habemus potestatem manducandi et vivendi? Numquid non habemus potestatem mulierem sororem circumducendi, sicut et cæteri apostoli et frates Domini, et Cefas? Aut ego solus et Barnabas non habemus potestatem hoc operandi? Non sum liber? Nom sum apostolus? Nonne Christum Jesum Dominum nostrum vidi? Ego autem nullo horum usus sum. Ego per omnia omnibus placeo, non quærens quod mihi utili est, sed quod multis, ut salvi fiant.» (1, *Cor.*, ix et x.)

(2) «In Joppe fuit quædam discipula, nomine Thavita, quæ interpretata dicitur Dorcas. Hæc era plena operibus bonis, et eleemosynis quas faciebat.» (*Actor.*, ix.)

miraba como su madre, y tanto, que su muerte llenó de duelo y de afliccion á aquella Iglesia. Se lavó su santo cuerpo, prosigue el historiador sagrado, y se expuso en una gran sala para satisfacer el afecto de los fieles y ofrecerle el último homenaje de su veneracion y de sus lágrimas. Parece que no podian decidirse á darle sepultura (1). En estas circunstancias, habiendo oido los cristianos de Joppe que San Pedro se encontraba en su mision apostólica en Lydda, á poca distancia de su ciudad, le enviaron dos de sus conciudadanos para que le dijesen: «Santo apóstol, por el amor de Dios, no nos negueis la gracia de venir á nosotros en el momento de afliccion en que nos hallamos» (2).

San Pedro amaba demasiado á aquellos buenos cristianos, á aquellas primicias de sus conquistas hechas á Jesucristo, para negarse á consolarlos con su presencia. Poniéndose, pues, en camino al momento, se dirige á Joppe. Salen á su encuentro, le refieren la desgracia que acababa de affigir á su Iglesia y á la ciudad entera, y se le conduce á la sala donde se hallaba el cuerpo de la santa matrona, cuya pérdida lloraban todos. Todos los pobres, y especialmente las viudas á quienes Dorcas socorria con sus limosnas y colmaba de beneficios, rodearon al Apóstol llorando y diciéndole: «Volvednos nuestra buena madre.» Y mostrándole las túnicas y los vestidos que ella les hacia, lloraban y clamaban, diciendo: «¡Ved aquí cómo nos vestia ella!» (3).

Conmovidó San Pedro al oír tan bella oracion fúnebre de la ilustre difunta, hace que todos salgan de la sala mortuoria, se arrodilla y se pone en oracion, pidiendo á Dios la vida de Dorcas para con suelo de aquella affigida Iglesia, para la gloria del nombre de Jesucristo y el triunfo de su religion. Dios escucha esta oracion, y conociendo el Apóstol que habia sido oido, se acerca al cadáver y dice: «Tabita, levántate.» Y al momento abre ella los ojos y se incorpo-

(1) «Factum est autem ut moreretur. Quam cum lavissent, posuerunt eam in cænaculo.» (*Actor.*, ix.)

(2) «Cum prope esset Lydda ad Joppem, discipuli, audientes quia Petrus esset in ea, misserunt duo cives ad eum rogantes. Ne pigriteris venire usque ad nos.» (*Ibid.*)

(3) «Cum advenisset, duxerunt illum in cænaculum, et circumsteterunt illum omnes viduæ, flentes et ostendentes ei tunicas et vestes quas faciebat illis Dorcas.» (*Actor.*, ix.)

ra, mirando á San Pedro con un aspecto religioso y reconocido (1). Pedro le tiende la mano y la ayuda á bajar del catafalco; llama á los fieles, y especialmente á las viudas, y entregándoles su santa bienhechora, les dice: « Ved aquí viva la que llorabais difunta » (2).

Este prodigio fué grande y admirable. Toda la ciudad y toda la comarca se llenaron de admiracion, y de aquí resultaron muchas conversiones al Cristianismo (3).

Así esta sublime mujer, despues de haber predicado á toda una ciudad la santidad de la religion cristiana con el prodigio de sus virtudes, predicó tambien la divinidad de la misma religion con la virtud del prodigio que en ella se obró, y fué, despues de San Pedro, el verdadero y el gran apóstol de su patria.

Al llegar á Roma el príncipe de los apóstoles, San Pedro, para establecer allí la silla de aquella monarquía divina, que debia extenderse por todo el mundo y subsistir tanto como el mundo, fué recibido por Priscila, esposa de Pudente, hombre grave y príncipe del Senado, y por sus dos hijas, Pudenciana y Práxedes, y el santo apóstol hizo en pocos dias, de estas tres mujeres, tres cristianas, tres santas, y por medio de ellas tuvo el consuelo de regenerar tambien por el bautismo á la cabeza de esta venturosa familia y á sus dos hijos, Timoteo y Novato. (Véase Rivadeneyra, *De Santa Pudenciana*.)

Pudenciana y Práxedes, hermanas por la sangre, y mucho más por la fe, el celo, el fervor y la caridad, hechas dueñas de una inmensa fortuna despues de la muerte de sus santos padres y de sus hermanos, renunciaron al matrimonio y se consagraron á Dios con el voto de virginidad, vendieron todas sus haciendas, distribuyendo su valor entre los pobres, y pusieron el resto de sus bienes á disposicion del jefe de la Iglesia para la propagacion de la fe y el servicio de la misma Iglesia (4). Ellas no quisieron siquiera ver su

(1) « Ejectis autem omnibus foras, Petrus, ponens genua, oravit; et conversus ad corpus dixit: « Thavita, surge ». At illa aperuit oculos suos, et viso Petro, resedit. » (*Actor.*, IX.)

(2) « Dans autem illi manum, erexit eam; et cum vocasset sanctos et vi-  
duas, assignavit eam vivam. » (*Ibid.*)

(3) « Notum autem factum est per universam Joppem, et crediderunt multi in Domino. » (*Ibid.*)

(4) « Parentibus orbata, cum admirabili pietate christianam religionem cole-  
ret, una cum sorore Praxede, pecuniam ex vendito patrimonio retractam pau-  
peribus distribuit, seque jejuniis et orationibus dedit. » (*Brev. Rom.*, 19 Maii.)

casa paterna. Ellas se retiraron á una humilde habitacion para ob-  
servar allí una vida celestial. Y para que esta casa, que el primero  
de los apóstoles, el primero de los vicarios de Jesucristo en la tier-  
ra, San Pedro, habia consagrado con su presencia, no se dedicase á  
usos puramente humanos, la cedieron enteramente pura un uso  
puramente divino; para que sirviese de punto de reunion á los pri-  
meros fieles, á los nuevos convertidos (1), que se reunian en ella  
para oír la divina palabra, para recibir el bautismo, para celebrar  
los santos misterios, para comulgar y tomar tambien el alimento  
del cuerpo, que la generosidad de aquellas santas hermanas sumi-  
nistraba á todos despues que habian recibido de la boca y de las  
manos de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia el alimento  
del espíritu (2).

Así, pues, San Pedro fué quien fundó la Iglesia de Roma; pero  
por las mujeres fué esta Iglesia protegida, alimentada y servida,  
en la persona de su primera cabeza y de los primeros cristianos.  
Las mujeres fueron quienes dieron en Roma el primer templo á  
Jesucristo y el primer asilo á la Iglesia.

Segun San Clemente, citado por Eusebio, la mujer de San Pedro  
con la que el príncipe de los apóstoles, despues de haber sido lla-  
mado al apostolado, vivia como una hermana, le precedió en el ca-  
mino del martirio. Conducida al suplicio despues de haber confe-  
sado generosamente á Jesucristo, y encontrándola San Pedro en el  
camino, el espectáculo de la firmeza y de la alegría con que ella  
caminaba á la muerte hizo tal impresion en el corazon del apóstol,  
que arrodillándose y dando gracias á Dios por la felicidad que con-  
cedía á esta noble mujer de morir por su nombre, se sintió más  
inflamado que nunca por el deseo de seguir cuanto ántes al cielo á  
la que Dios le habia dado por compañera y por hermana en la tier-  
ra. Él la llamó por su nombre, y viéndola tan bien dispuesta, no  
la dirigió más que estas tiernas palabras: « Mujer, acuérdate del

(1) El soberano Pontífice y mártir San Pío, primero de este nombre, fué  
quien, viviendo aún estas sublimes vírgenes, convirtió su casa en iglesia, la  
consagró solemnemente y estableció en ella un bautisterio. Esta iglesia subsiste  
todavía en Roma bajo el nombre de Santa Pudenciana; éste es el primero de  
los títulos cardenalicios, porque es la iglesia primera y más antigua de Roma.

(2) « Pius pontifex in ædibus Pudencianæ cum christianis sacra celebrabat.  
Quibus illa benigne acceptis, quæ ad vitam necessaria erant subpeditabat. »  
(*Actor.*, IX.)

Señor.» (Euseb., *Hist. Eccl.*) Y el recuerdo de su santa esposa, que habia confesado á Jesucristo con tanto valor y con tanta alegría, contribuyó mucho al prodigio de fortaleza y alegría con que el santo apóstol sufrió su horrible martirio por la misma causa; y éste fué un venturoso preludio de la parte que la mujer cristiana habia de tener muy pronto en la gloria de la confesion de los mártires en Roma.

San Pedro habia sido tambien ayudado; en su apostolado en Oriente, por Santa Petronila, su hija espiritual; San Andres por Maximila; San Mateo por Ifigenia, hija del Rey; San Felipe por sus dos hijas, que habia tenido ántes de ser llamado á seguir al Señor. Todas estas mujeres fueron vírgenes, que, por consejo de los mismos apóstoles, se habian consagrado á Dios por el voto de virginidad. (A Lap., in *Epist. S. Paul.*)

§ III.—La mision de San Pablo á Filipos, comenzada en las mujeres y promovida por ellas.—Lidia dando su casa al apóstol para establecer en ella la Iglesia.—Priscila haciendo lo mismo en Corinto.—Afecto de esta santa mujer á San Pablo y á la religion cristiana.—Santa Febe, encargada por el mismo apóstol de llevar su famosa *Carta á los romanos*, y trabajando con él, lo mismo que las mujeres Ebodia y Syntichen, en la obra del Evangelio.

Pero ninguno de los apóstoles fué ayudado por las mujeres en sus expediciones y en sus trabajos apostólicos, tanto como el gran apóstol de los gentiles.

Al comenzar San Pablo su apostolado á los gentiles en la ciudad de Filipos, en la Macedonia, se dirigió primero á las mujeres, y su primera conquista á la fe cristiana la hizo en la persona de una mujer. En aquella ciudad habia cierto número de aquellos á quienes los judíos llamaban *prosélitos*, es decir, gentiles, que, sin ser judíos, creian sólo en el verdadero Dios de los judíos, y lo adoraban y lo honraban en toda la rectitud de su alma. Entre estos prosélitos de Filipos, las mujeres parece que eran las más numerosas y las más fervorosas; porque habiendo llegado San Pablo y sus cuatro compañeros, Lúcas, Tito, Sila y Timoteo, en el dia del sábado, encontraron una multitud de mujeres reunidas en un sitio

fuera de la ciudad, cerca del lugar destinado á la oracion, esperando la hora de los ejercicios ordinarios de la religion. Junto á estas mujeres se sentaron los enviados de Dios, y principiaron á hablarles de Jesucristo (1).

Mientras que sus compañeros evangelizaban á las otras mujeres, San Pablo se dirigió á la que parecia ser la principal de ellas. Ésta era la llamada Lidia, mujer distinguida y rica de la ciudad de Tiatira, que hacia en Filipos un gran comercio de púrpura. Dios le abrió los ojos del entendimiento y del corazon, de tal manera, que habiendo escuchado á San Pablo con la mayor atencion, se convirtió al momento á su predicacion con la mayor docilidad. Un instante despues, bautizada por mano del apóstol, era ya cristiana, y con ella lo eran tambien todas las personas de su casa (2). Ved aquí, pues, cumplido de la manera más generosa el deber de la sumision á la Iglesia, que parece haber encargado Dios á la mujer cristiana; porque ella puso á disposicion del apóstol y de sus compañeros toda su casa y todas sus riquezas. Ella quiso á toda costa que fuesen á habitar en su casa; y nada es más afectuoso que el acento de humildad, de respeto y de caridad con que insiste rogándoles que le concedan esta gracia. « Si os fiais, les decia, en las obligaciones que le he contraido para con el Señor, si me creéis fiel á Jesucristo, os suplico que vengais á mi casa, y la destineis para lugar de vuestra mansion. » Esto era, como se ve, una dulce violencia de la fe y de la piedad para con los ministros del Señor; y ellos no pudieron darle lo que les pedia (3).

Apénas se establecieron ellos en esta venturosa casa, cuando se convirtió en una iglesia. En ella era donde los enviados de Jesucristo convertian á Él á todos aquellos que, atraídos por su gracia, se les presentaban para ser instruidos; en ella fué donde convirtieron un gran número de almas, y donde los nuevos cristianos se

(1) « Die autem sabbathorum, egressi sumus foras portam, juxta flumen, ubi videbatur oratio esse; et sedentes loquebamur mulieribus, quæ conveniant. » (*Act.*, xvi.)

(2) « Et quædam mulier, nomine Lydia, purpuraria civitatis Thyatitenorum, colens Deum, audivit; cujus Dominus aperuit cor intendere iis quæ dicebantur à Paulo. Cum autem baptizata esset et domus ejus..... » (*Ibid.*)

(3) « Deprecata est dicens: Si judicatis me fidelem Domino esse, introite in domum meam et manete. Et coegit nos. » (*Ibid.*)